



HAL
open science

**La posición encyclopédica de la sociologia. Estática,
Dinámica y metode sociológico en la “Physique sociale”
de Auguste Comte**

Michel Bourdeau

► **To cite this version:**

Michel Bourdeau. La posición encyclopédica de la sociologia. Estática, Dinámica y metode sociológico en la “Physique sociale” de Auguste Comte. *Empiria* (Madrid), 2015, 31, pp.151-172. 10.5944/empiria.31.2015.14541 . halshs-01259945

HAL Id: halshs-01259945

<https://shs.hal.science/halshs-01259945>

Submitted on 21 Jan 2016

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

La posición enciclopédica de la sociología.

*Estática, dinámica y método sociológico en la Física social de
Augusto Comte.*

MICHEL BOURDEAU

INSTITUT D'HISTOIRE ET DE PHILOSOPHIE DES SCIENCES ET DES
TECHNIQUES (Cnrs)

mbbourdeau@gmail.com (FRANCIA)

Habiendo tenido ya ocasión, en este mismo número de *Empiria*, de describir el lugar de Comte en la historia de la sociología, esta breve presentación se limita a situar los extractos que siguen, con el fin de ayudar a su lectura.

En el conjunto de las obras de Comte, el corpus propiamente sociológico ocupa varios miles de páginas. En su época, la ciencia social, a diferencia de otras ciencias, estaba aún por constituir. Es por esto que, en el *Cours de philosophie positive* (1830-1842; a partir de ahora *Cours*), las lecciones de sociología ocupan ellas solas la mitad de la obra: tres volúmenes de seis. La situación cambia con el *Système de politique positive* (1851-1854; a partir de ahora *Système*), donde sólo dos de los cuatro volúmenes que lo componen tratan explícitamente de lo que anuncia su subtítulo: *Traité de sociologie instituant la religion de l'humanité*. En este conjunto no todo tiene el mismo interés para la sociología de hoy; por ello, los extractos aquí presentados provienen exclusivamente de un pequeño subconjunto de su obra: las lecciones 48-51 del *Cours*.

La razón de esta elección es simple. De las dos partes que comprende la sociología en Comte, la estática social o la teoría del orden y la dinámica social o la teoría del progreso, el *Cours* concede a la segunda una atención casi exclusiva: en él sólo hay una lección consagrada a la estática (1. 50, 40p), frente a siete consagradas a la dinámica (1. 51-57, 750p). Esta diferencia disminuye, sin llegar a desaparecer, en el *Système*, donde el tomo dos (475p) trata de la estática y el tomo tres, de la dinámica. Cualquiera que sea el interés de las lecciones históricas del *Cours*, es necesario reconocer que esta historia de la humanidad se corresponde mal con la imagen que tenemos hoy de la sociología. Comte la describe como una filosofía de la historia, que podemos comparar con la que Hegel desarrolla en la misma época en Alemania. Por decirlo de otro modo: para nosotros, la dinámica social ha dejado de pertenecer a la sociología. En cuanto a la estadística social, si en la exposición del *Système* está más desarrollada, el contexto en el cual se inscribe (el positivismo religioso y la creación de la religión de la Humanidad) sólo puede desconcertar al lector no

preparado. Por esto, es en las primeras lecciones de sociología del *Cours* donde hoy se hace necesario buscar la exposición más elocuente de los puntos de vista de Comte sobre el asunto.

El lector que quiera saber más podrá utilizar la excelente traducción de las lecciones de sociología ofrecida recientemente por J. Gobierna en Ediciones Akal, a quienes agradecemos que nos hayan permitido reproducir los extractos publicados más abajo. El lector interesado en el *Système* podrá dirigirse al texto integral (en Anthropos, Paris, 1968-70, vols. 7-10; trad. inglesa: *System of Positive Polity*, Bristol, Thoemmes, 2001; o en numerosas ediciones anteriores) o a los extractos que ha recogido J. Labier en francés (*Auguste Comte, sociologie*, Paris, PUF, 1974) o G. Lenzer en inglés (*Auguste Comte and Positivism. The Essential Writings*, New York, Harper, 1975). El sitio web *Positivist e-Texts* (<http://confucius.chez.com/clotilde/etexts/etexts.xml>) permite encontrar fácilmente los textos online.

La posición enciclopédica de la sociología

La primera tarea a realizar cuando se aborda una ciencia es determinar su posición en el sistema del saber. Entre todas las ciencias existen, de hecho, relaciones de dependencia que explican en gran medida su orden de aparición en la historia. Si la matemática, por ejemplo, es la primera de las ciencias, es porque ella no presupone ninguna otra, mientras que no puede haber astronomía o física sin matemática. De igual modo, el lugar asignado a la biología explica inmediatamente la existencia de una bioquímica o de una sociobiología.

La sociología, por su parte, es la última de las ciencias (en el *Cours*, puesto que el *Système* añadirá una séptima ciencia: la moral). Su calidad de última ciencia le confiere un eminente estatus, que quedará explicitado en las *Conclusions générales* del *Cours*. Su objeto, la Humanidad, es el más dependiente de todos los seres; de ahí deriva una idea del curso de los estudios sociológicos que los sociólogos se han apresurado a rechazar. La sociología sería la más difícil de todas las ciencias: en la medida en que ella resume y presupone todas las otras, el sociólogo sólo puede abordar su estudio después de tener dominio previo de todas las ciencias que la preceden.

En la práctica, si se quiere hacer abstracción de la dependencia de la sociología con la mirada de la astronomía (ya que somos habitantes del planeta Tierra, que es el planeta humano: cf. Akal, 49ª lección, p. 365-7), basta considerar sus relaciones con la ciencia que la precede inmediatamente, la biología. En este contexto, se piensa muy frecuentemente en aquello que se ha llamado el organicismo de Comte, o también su holismo. A diferencia de la física o de la química, que estudian los cuerpos brutos, la biología y la sociología son ciencias de seres organizados: organismos individuales en un caso, organismos colectivos en otro. De ahí a hacer de Comte un colectivista no hay más que un paso, que algunos no han vacilado en dar. Es, por tanto, muy importante subrayar que, esencialmente, la cuestión concierne a “la parte trascendente de la biología, relativa al estudio general de los fenómenos

intelectuales y morales” (infra, p 156), ante todo a dos disciplinas: la fisiología cerebral (hoy diríamos: la neurología o las neurociencias) y el estudio del comportamiento de los animales superiores en su medioambiente natural, tal como preconizaba Georges Leroy desde el siglo XVIII. Las afirmaciones de los sociólogos se encuentran así situadas bajo el control de una teoría de la naturaleza humana que resulta sobre todo de la comparación sociológica del hombre con otros animales.

La estática

En su artículo en este número de *Empiria*, François Chazel subraya, con otros, el lugar central que ocupa en Comte la teoría del consenso. Para saber lo que es necesario entender por esto, conviene recordar que no se trata del *consensus omnium*, del acuerdo entre juicios u opiniones, sino de un concepto tomado de la medicina: la armonía de las diferentes funciones vitales, cuya destrucción entraña inmediatamente la muerte. Es preciso, sobre todo, volver a la definición de estática: es la teoría del orden, o más precisamente, como dice el título de la lección del *Cours* que se ocupa de esta, la “teoría general del orden espontáneo de las sociedades humanas”. Habiendo hecho Hayek de la idea de ‘orden espontáneo’ el fundamento de la ciencia social y del liberalismo, convendría detenerse un instante sobre este punto. Ante todo es extraño que Hayek, que ha consagrado a Comte una importante obra¹, no haya visto que el fundador del positivismo también había colocado este concepto en el centro de su sociología. El hecho no tiene, sin embargo, nada de sorprendente, sobre todo si recordamos que, junto a Saint-Simon, Comte había comenzado en la economía política y que siempre reconoció su deuda hacia los ilustrados escoceses (Hume, A. Smith, Ferguson). Lo que separa a Comte de Hayek es la voluntad de asociar a la teoría del orden una teoría del progreso, entendido como desarrollo del orden. Lejos de ser sacrosanto, el orden espontáneo presenta, de hecho, una multitud de defectos y la humanidad debe buscar mejorar, sustituir el orden natural por un orden artificial más conforme a nuestras necesidades.

La teoría de la cooperación confirma la atención que Comte presta a los fenómenos económicos, a la vez que permite comprender las críticas que dirige a los economistas, con la excepción de A. Smith: ellos tienen una idea muy estrecha del fenómeno, que se extiende, en realidad, al conjunto de la vida social. Lo remarcable de la cooperación es que reposa sobre dos componentes incompatibles a primera vista: la independencia y el concurso. Lo que de hecho distingue a los organismos colectivos de los organismos individuales es la independencia de sus miembros, independencia constitutiva, que el individualismo característico de los tiempos modernos no ha hecho más que reforzar. *Cooperación* no significa reconocimiento de una meta común. Es

¹ *Counter Revolution of Science*, in *Studies on The Abuse and Decline of Reason, The Collected Works of F. A. Hayek*, vol. 13, The University of Chicago Press, 2010: este libro había aparecido inicialmente en 1952. ...

precisamente la existencia de efectos no deseables (que Comte gusta llamar *disolventes*) de la división del trabajo lo que hace necesario la creación de un gobierno. Uno de los dos axiomas que la política positiva toma de la sociología plantea pues que no hay sociedad sin gobierno. La teoría del consenso aportará dos complementos: las instituciones políticas sólo pueden estar de acuerdo con el correspondiente estado de la civilización; la idea del poder político como poder total sólo es una ilusión, ya que este se siempre se ejerce dentro de ciertos límites que no puede modificar a su antojo. Como Tocqueville o Marx, Comte pertenece a la generación de los que asocian estrechamente sociología y política. Para asegurar la institucionalización de la disciplina, este vínculo ha sido consecuentemente ocultado. La neutralidad axiológica y el no compromiso fue el precio a pagar para entrar en el club de las disciplinas científicas.

La dinámica

La teoría del progreso ha envejecido mal. Y la dinámica social dirige nuestra vista sobre todo a la filosofía de la historia antes que a la ciencia social. Esto no significa que los sociólogos no tengan nada que aprender de ella, como lo muestra el corto extracto de la 51ª lección. La ley de los tres estados, habiendo fijado el camino que debe seguir la humanidad, tiene que interrogarse sobre lo que determina, en ese camino, la velocidad de la marcha de esta. Para responder a esta cuestión, Comte hace intervenir diversas consideraciones, entre ellas, la sucesión de generaciones y, por tanto, la duración de la vida humana, así como la demografía, lo que le conduce a adoptar en falso posiciones como las de Malthus.

El método sociológico

La filosofía positiva nos invita a distinguir, en ciencia, el método y la doctrina, afirmando siempre la superioridad del primero sobre la segunda. El método científico se enriquece en el curso de la historia. Así, Comte asocia observación y astronomía, experimentación y física, comparación y biología. Y del mismo modo se declara hostil a la matemática social, en la forma que le habían dado tanto Condorcet como Quételet, residiendo, a sus ojos, el aporte de la sociología en este dominio en el método histórico entendido en un sentido particular, la filiación, que Durkheim rechazará al mismo tiempo que la dinámica social². Los dos extractos presentados que tratan sobre la experimentación y la comparación reenvían cada uno de ellos a las complejas relaciones entre la biología y la sociología.

En el primer caso, todo depende de la definición de experimentación que adoptemos. Si se la entiende como la “institución artificial de las circunstancias del fenómeno” (infra, p 170), entonces está claro que no hay experimentación posible en sociología. Pero si se la entiende como una alteración determinada del

² Ver *Les règles de la méthode sociologique*, Paris, Alcan, 1904, p. 154..

curso de los fenómenos, entonces la comparación de lo normal y lo patológico, tal como la practica el biólogo, es una auténtica experimentación, permitida igualmente al sociólogo, en la medida en que existe una patología social³. En el segundo caso, se trata de completar la comparación biológica, que había triunfado en la anatomía comparada, con la comparación entre el hombre y los otros animales. Existen, de hecho, sociedades animales y, para determinar lo que las sociedades humanas presentan de original, para determinar, por ejemplo, lo que en la vida familiar proviene de la biología y lo que proviene de la sociología, es necesario volverse hacia “esa parte de la sociología que casi se confunde con la biología intelectual y moral” (infra, p 172).

³ Ver M. Bourdeau: «La posteridad sociológica de Auguste Comte: lo normal y lo patológico en Durkheim», *Empiria*, 16 (2008), pp. 43-58. En donde se muestra cómo la idea fue retomada por Durkheim en *Les Règles de la méthode sociologique*..

*Física social (extractos)*⁴

AUGUSTE COMTE

1. Posición enciclopédica de la sociología: su relación con biología

Es preciso atribuir esta insuficiente preponderancia actual de la filosofía biológica en el conjunto de las teorías sociales fundamentalmente a la imperfección más pronunciada que distingue a la parte trascendente de la biología, relativa al estudio general de los fenómenos intelectuales y morales. A causa de tal parte, en efecto, debe establecerse naturalmente la principal subordinación directa de la sociología al respecto de la biología, el resto de cuyas ramas no podrán, sin embargo, ser inmediatamente dejadas de lado. Ahora bien, dado que la fisiología cerebral es de institución muy reciente y su nuevo estado científico se halla demasiado vagamente esbozado aún, habiendo sido apenas reconocido hasta por los espíritus más avanzados (véase la cuadragésimo quinta lección), no debería extrañarnos que las relaciones fundamentales entre la sociología y la biología no hayan podido ser organizadas hasta ahora de manera conveniente. Cuando nos ocupemos de ello, será preciso que distingamos, desde dos puntos de vista principales, igualmente indispensables, uno primitivo, el otro continuo, la inevitable dependencia de los sanos estudios sociales al respecto del estudio previo de la naturaleza humana. Bajo el primer aspecto, la biología debe proporcionar, en primer lugar, el punto de partida necesario del conjunto de las especulaciones sociales, en función del análisis fundamental de la sociabilidad humana así como de las diversas condiciones orgánicas que determinan su carácter propio. Pero, además, los términos más elementales de la serie social, al no poder traer consigo ninguna exploración directa, deben ser esencialmente contruidos aplicando la teoría positiva de la naturaleza humana al conjunto de circunstancias correspondientes, concibiendo las débiles y aisladas informaciones que este primer esbozo de la sociedad puede admitir de inmediato como destinadas a facilitar y a perfeccionar esta determinación racional más que a sugerir por sí mismos el verdadero carácter de semejante infancia de la humanidad. Una vez que el desarrollo social se ha vuelto demasiado pronunciado como para que semejante deducción siga siendo posible, tal y como lo explicaré más abajo, comienza entonces, desde el segundo punto de vista, una participación sociológica invariable, si bien menos directa y especial, de la teoría biológica del hombre, con la que la evolución de la humanidad ha de mostrarse siempre, evidentemente, en conformidad. De ello se deducen valiosas continuas y verificaciones, y a veces incluso afortunadas indicaciones generales, tal y como lo he indicado ya al final de la lección precedente, en el sistema completo de los estudios sociológicos, ya sean estáticos o dinámicos.

Estas verificaciones e indicaciones se fundamentan de inmediato, con una irresistible racionalidad, en la necesaria invariabilidad del organismo humano, cuyas

⁴ La relación de extractos ha sido tomada de la edición de la *Física social* introducida, traducida y anotada por Juan Ramón Goberna Falque, y publicada en Madrid por Akal en 2012. Queremos agradecer públicamente a los responsables editoriales de esta editorial, y muy particularmente a Tomás Rodríguez, la correspondiente autorización para la reproducción como "Texto clásico" de estos extractos.

diversas disposiciones características, ya sean físicas, morales o intelectuales, han de reencontrarse esencialmente en tanto que tales en todos los grados de la escala social y se coordinan siempre por igual entre sí, sin que el desarrollo más o menos extenso que el estado social les procura pueda alterar jamás, en modo alguno, su naturaleza, ni, por consiguiente, crear o destruir unas facultades, cualesquiera que fueren, ni tan siquiera modificar su mutua y primitiva ponderación. Por tanto, en cualquier época de la evolución humana, ningún bosquejo sociológico directo no podrá ser admitido científicamente, por poderosas que parezcan las inducciones históricas sobre las que se basa, si es contradictorio con respecto a las leyes conocidas de la naturaleza humana, por ejemplo, si supone, en la mayoría de los individuos, un carácter muy pronunciado de bondad o de maldad; si representa las afecciones simpáticas como habitualmente superiores a las afecciones personales; si indica una efectiva y común preponderancia de las facultades intelectuales sobre las facultades afectivas, etc. En todos los casos semejantes, que, a decir verdad, son bastante más numerosos ya de lo que en un primer momento podría hacerlo presumir la extremada imperfección actual de la teoría biológica del hombre, las proposiciones sociológicas, sean cuales fueren, tendrán que someterse también, en virtud de este único control, a una indispensable rectificación posterior, si le supusiesen a la vida humana una duración exorbitante, o si contradijesen, en cualquier otra consideración material, las leyes físicas de la humanidad, pues las condiciones intelectuales y morales de la existencia humana, aunque más difíciles de apreciar y, como consecuencia de ello, mucho menos conocidas hasta el momento que sus condiciones materiales, en el fondo no son, sin lugar a dudas, ni menos reales ni menos imperiosas, cuando por fin se consigue desvelarlas claramente.

[49.^a Lección: Relaciones necesarias de la física social con las otras ramas fundamentales de la filosofía positiva, pp. 358-359].

2. Las dos partes de la sociología

Es preciso, ante todo, extender convenientemente al conjunto de los fenómenos sociales una distinción científica fundamental, que he establecido y empleado en todas las partes de este Tratado, y principalmente en el ámbito de la filosofía biológica, como radicalmente aplicable, por su naturaleza, a cualquier clase de fenómenos y, sobre todo, a todos aquellos que pueden presentar unos cuerpos vivos, al considerar separadamente, pero siempre con vistas a una exacta coordinación sistemática, el estado *estático* y el estado *dinámico* de cada materia de estudios positivos. En la simple biología, esto es, en el estudio general de la mera vida individual, esta indispensable descomposición da lugar, en virtud de las explicaciones contenidas en el volumen precedente, a distinguir racionalmente entre el punto de vista puramente anatómico, relativo a las ideas de organización, y el punto de vista fisiológico propiamente dicho, directamente vinculado con las ideas de vida: estos dos aspectos, espontáneamente separados, casi en cualquier época, son exactamente apreciados desde entonces debido a un análisis filosófico irrevocable, que depura y perfecciona su necesaria comparación. En el ámbito de la sociología, la descomposición tiene que operarse de una manera perfectamente análoga y no menos pronunciada, al distinguir radicalmente, con respecto a cada materia política, entre el estudio fundamental de las condiciones de existencia de la sociedad y el de las leyes de su movimiento continuo. Esta diferencia me parece que ha quedado, desde ahora,

lo suficientemente caracterizada como para permitirme prever que su espontáneo desarrollo, de aquí en adelante, podrá dar lugar a la descomposición habitual de la física social en dos ciencias principales, bajo los nombres, por ejemplo, de estática social y dinámica social, esencialmente tan distintas la una de la otra como lo son hoy en día la anatomía y la fisiología individuales. Pero seguramente sería prematuro atribuirle ahora alguna importancia seria a esta distribución metódica, en la misma época de la primera institución de la ciencia. Por otra parte, desde este punto de vista, cabe temer que semejante división de la ciencia social introduzca en ella hoy por hoy este inconveniente capital, demasiado conforme a la dispersiva tendencia de los espíritus actuales, de hacer olvidar viciosamente la indispensable y permanente combinación de estos dos puntos de vista generales, tal y como lo he explicado, en el volumen precedente, para la biología, en donde hemos reconocido que la división vulgar entre anatomía y fisiología tiende a difuminarse por completo. En todo caso, cualquier clase de escisión del trabajo sociológico resultaría evidentemente inoportuna, e incluso irracional, mientras el conjunto no haya sido concebido en ella de un modo conveniente. Pero esta importante consideración no podrá afectar, de ninguna manera, ni a la intrínseca precisión, ni a la inmediata necesidad de nuestra distinción fundamental entre el estudio estático y el estudio dinámico de los fenómenos sociales, con tal que, en lugar de ver en ella la fuente de una división viciosa o pedantesca en dos ciencias separadas, la apliquemos hoy únicamente al análisis continuo de cada teoría social, siempre útilmente susceptible de este doble aspecto positivo.

Para caracterizar mejor esta indispensable descomposición elemental, y a fin de indicar, desde este momento, su alcance práctico, creo que es esencial señalar ahora, antes de pasar a otra cosa, que semejante dualismo científico corresponde, con una exactitud perfecta y en el sentido político propiamente dicho, a la doble noción de orden y de progreso, que en lo sucesivo cabe considerar como espontáneamente introducida en el dominio general de la razón pública. Pues resulta evidente que el estudio estático del organismo social ha de coincidir, en el fondo, con la teoría positiva del orden, la cual, en efecto, no puede consistir esencialmente más que en una justa y permanente armonía entre las diversas condiciones de existencia de las sociedades humanas. Vemos, asimismo, de un modo todavía más evidente, que el estudio dinámico de la vida colectiva de la humanidad constituye necesariamente la teoría positiva del progreso social, el cual, al desechar toda idea vana de perfección absoluta e ilimitada, tiene que reducirse naturalmente a la simple noción de este desarrollo fundamental.

[48.^a Lección: Caracteres fundamentales del método positivo en el estudio racional de los fenómenos sociales, pp. 286-288]

3. La Estática

3.1. Teoría elemental del consenso social

En virtud de esta concepción fundamental, que define en primer lugar, siguiendo el orden metódico, el conjunto de las leyes puramente estáticas del organismo social, me parece que el verdadero principio filosófico que le es propio consiste directamente en la noción general de este consenso universal inevitable que caracteriza a cualquier clase de fenómenos de los cuerpos vivos, y que la vida social manifiesta

necesariamente en el más alto grado. Así concebida, esta especie de anatomía social que constituye la sociología estática debe tener por objeto permanente el estudio positivo, a la vez experimental y racional, de las acciones y reacciones mutuas que continuamente ejercen, unas sobre otras, todas las diversas partes del sistema social, haciendo científicamente abstracción provisional, en la medida posible, del movimiento fundamental que siempre las modifica gradualmente. Desde este primer punto de vista, las previsiones sociológicas, fundadas sobre el exacto conocimiento general de estas relaciones necesarias, estarán destinadas a concluir las unas a partir de las otras, y en conformidad posterior con la observación directa, las diversas indicaciones estáticas relativas a cada modo de existencia social, de una manera esencialmente análoga a lo que hoy en día sucede habitualmente en el ámbito de la anatomía individual. Por tanto, este aspecto preliminar de la ciencia política supone de un modo forzoso que, contrariamente a los hábitos filosóficos actuales, cada uno de los numerosos elementos sociales, al dejar de ser considerado de una manera absoluta e independiente, siempre será exclusivamente concebido como relativo a todos los demás, con los cuales una solidaridad fundamental ha de combinarlo incesante e íntimamente. Sería superfluo, para mí, destacar expresamente ahora la notable y continua utilidad de semejante doctrina sociológica, puesto que ésta, en primer lugar, ha de servir, evidentemente, de base indispensable para el estudio definitivo del movimiento social, cuya concepción racional supone previamente la idea continua de la indispensable conservación del organismo correspondiente. Pero, además, puede ser empleada de inmediato, por sí misma, para suplir a menudo, al menos de manera provisional, a la observación directa, la cual, en muchos casos, no podría tener lugar constantemente para ciertos elementos sociales, cuyo estado real, no obstante, podrá encontrarse así lo suficientemente apreciado, en función de sus relaciones científicas con otros ya conocidos. La historia de las ciencias puede dar, desde este momento, alguna idea de la importancia habitual de semejante auxilio, al recordar, por ejemplo, hasta qué punto han sido irrevocablemente disipadas las vulgares aberraciones de los científicos acerca de los pretendidos conocimientos en astronomía superior atribuidos a los antiguos egipcios, antes incluso de que una erudición más sana les hubiese hecho justicia, mediante la simple consideración racional de una relación indispensable del estado general de la ciencia astronómica con el de la geometría abstracta, por aquel entonces, evidentemente, en plena infancia. Sería fácil citar una infinidad de casos análogos, cuyo carácter filosófico resultaría irrecusable. Por otra parte, hemos de señalar, a este respecto, para no exagerar en lo más mínimo, que estas relaciones necesarias entre los diversos aspectos sociales, debido a su naturaleza, no podrían ser tan simples ni precisas como para que los resultados observados no hayan podido proceder jamás más que de un modo único de coordinación mutua. Semejante disposición de espíritu, demasiado estrecha ya en el ámbito de la biología, resultaría, sobre todo, esencialmente contraria a la naturaleza aún más compleja de las especulaciones sociológicas. Pero está claro que la exacta apreciación general de estos límites de variación, normales e incluso anormales, constituye entonces necesariamente, al menos tanto como en el ámbito de la anatomía individual, un indispensable complemento de cada teoría de sociología estática, sin el cual a menudo podría volverse errónea la exploración indirecta de la que trata.

[48.^a Lección: Caracteres fundamentales del método positivo en el estudio racional de los fenómenos sociales, pp. 289-290]

En el resto de este volumen, la espontánea y continua aplicación de tal noción elemental resultará más eficaz aún que ninguna demostración metódica para disipar por completo cualquier incertidumbre real acerca de esta indispensable solidaridad entre el sistema de los poderes y de las instituciones políticas y el estado general de la civilización correspondiente. Pero, pese a esta luminosa verificación decisiva, no por ello debemos dejar de atribuirle una extremada importancia a la explicación racional y directa de esta gran correlación, de cara a la constitución definitiva de la ciencia social, tal y como yo debería emprenderla posteriormente, por ejemplo, en el Tratado específico de filosofía política que he anunciado al comienzo de este volumen⁵. Todos los medios científicos tendrán que ser convenientemente combinados entonces para el establecimiento final de una noción tan fundamental, sobre la cual reposa principalmente el verdadero espíritu del conjunto de la estática social, y que puede disipar por su naturaleza más inmediatamente que ninguna otra teoría sociológica el funesto carácter absoluto de nuestras diversas escuelas políticas. Ahora bien, el principio científico de esta relación general consiste esencialmente en la evidente armonía espontánea que ha de tender a reinar siempre entre el conjunto y las partes del sistema social, cuyos elementos no podrán evitar combinarse finalmente entre ellos de una manera plenamente conforme a su propia naturaleza. Está claro, en efecto, que no sólo las instituciones políticas propiamente dichas y las costumbres sociales, por una parte, y las costumbres y las ideas, por otra, han de ser incesante y recíprocamente solidarias, sino que, además, todo este conjunto se vincula constantemente, por su naturaleza, al estado correspondiente del desarrollo integral de la humanidad, considerado en sus diversos modos de actividad intelectual, moral y física, de los cuales ningún sistema político, bien sea temporal, bien sea espiritual, podrá tener algún día, en general, otro objeto real que el de regularizar convenientemente su espontáneo desarrollo, a fin de dirigirlo mejor hacia una realización más perfecta de su objetivo natural previamente determinado. Incluso en las épocas revolucionarias propiamente dichas, aunque siempre se caractericen por una insuficiente realización de esta armonía fundamental, ésta, no obstante, sigue siendo todavía apreciable, puesto que no podría cesar por completo más que tras la entera disolución del organismo social, del cual constituye el principal atributo. En estos tiempos excepcionales, y salvo simples anomalías fortuitas que no deberían dejar huellas profundas, es posible seguir considerando también al régimen político como radicalmente conforme, a largo plazo y con toda necesidad, al estado correspondiente de la civilización, pues las lagunas o las perturbaciones que entonces se manifiestan en uno provienen principalmente, en realidad, de trastornos equivalentes en el otro.

[48.^a Lección, Caracteres fundamentales del método positivo en el estudio racional de los fenómenos sociales, pp. 293-94].

Esta concepción elemental del consenso social, apreciada ahora en cuanto al método propiamente dicho, objeto específico de este capítulo, tiene por destino esencial la inmediata determinación, con una autoridad y una espontaneidad notables, de uno de los principales caracteres del método sociológico, aquel quizás, de entre todos de los que éste sigue, que modifica más íntimamente, en función de

⁵ N. del E.: Se trata del *Système de politique positive* (4 vols., París, 1851-1854).

la naturaleza de los fenómenos correspondientes, al conjunto del método positivo. En efecto, teniendo en cuenta que los fenómenos sociales están profundamente conectados, su estudio real, por tanto, nunca podrá ser separado racionalmente, de donde se deduce la permanente obligación, tan irrecusable como directa, de considerar siempre de un modo simultáneo los diversos aspectos sociales, bien sea en el ámbito de la estática social, bien sea, como consecuencia, en el de la dinámica. Sin duda, cada uno de ellos puede volverse aisladamente objeto preliminar de observaciones propias, y es preciso que así sea hasta un cierto punto a fin de alimentar a la ciencia con los materiales convenientes. Pero esta necesidad previa no se aplica, con todo el rigor, más que en la época actual, en la que se trata del primer esbozo de la ciencia, obligado a emplear en primer lugar, con las indispensables precauciones, las incoherentes indicaciones que han debido deducirse, con una intención completamente distinta, de las irracionales investigaciones anteriores. Cuando la fundación de la ciencia se encuentre lo suficientemente avanzada, la correlación fundamental de los fenómenos servirá, sin duda, de principal guía habitual en su exploración directa, tal y como lo explicaré de un modo específico más adelante. En todo caso, abstracción hecha aquí del modo propio de observación inmediata, resulta indiscutible que, en virtud de esta necesaria solidaridad que caracteriza a tal objeto, ningún fenómeno social, previamente explorado a través de cualquier medio, podrá introducirse útilmente en la ciencia mientras siga siendo concebido de una manera aislada. Y esto es así no sólo desde el punto de vista estático, en el que la armonía social siempre es considerada directamente, sino también en el estudio mismo del movimiento social, en donde el consenso, por ser menos inmediato, no resulta, en realidad, menos preponderante, tal y como vamos a reconocerlo a continuación.

Todo estudio aislado de los diversos elementos sociales resulta, por tanto, debido a la naturaleza de la ciencia, profundamente irracional, y debe seguir siendo esencialmente estéril, a ejemplo de nuestra economía política, incluso en el caso de que ésta fuese mejor cultivada. Por tanto, aquellos que se esfuerzan hoy en día por desmembrar aún más el sistema de los estudios sociales, debido a una ciega imitación de la parcelación metódica propia de las ciencias inorgánicas, caen involuntariamente, por tanto, en esta aberración capital de considerar, como un medio esencial de perfeccionamiento filosófico, una disposición intelectual radicalmente antipática a las condiciones fundamentales de tal materia. Sin duda, un día la ciencia social podrá subdividirse racionalmente con utilidad, hasta un cierto punto. Pero nosotros no podemos saber hoy, en modo alguno, en qué consistirá esta división posterior, puesto que su verdadero principio no debe resultar sino del desarrollo gradual de la ciencia, la cual, sin lugar a dudas, no podría fundarse en estos momentos más que a partir de un estudio de conjunto. Ya he demostrado, más arriba, que existiría incluso un verdadero peligro filosófico si se quisiera llevar a cabo desde este momento, a título de descomposición permanente del trabajo, la indispensable distinción entre el estado estático y el estado dinámico, pese a su evidente racionalidad y su continuo uso. En cualquier edad de esta ciencia, las investigaciones parciales que puedan volvérselle necesarias no podrán ser convenientemente indicadas ni concebidas más que a imitación de los progresos del estudio integral, los cuales señalarán espontáneamente los puntos específicos cuyo propio esclarecimiento puede concurrir realmente al perfeccionamiento directo de la materia. Siguiendo cualquier otro camino, sólo obtendremos esencialmente una estéril acumulación de irracionales discusiones específicas, mal instituidas y

peor proseguidas, destinada más bien a obstaculizar radicalmente la formación de la verdadera filosofía política que a prepararle materiales útiles, tal y como lo vemos en nuestros días. Resulta indiscutible, por tanto, que hoy en día sólo unas concepciones y unos estudios de conjunto pueden concurrir convenientemente a la formación directa de la sociología positiva, ya sea estática o dinámica, y que los trabajos, a continuación, deben descender en ella gradualmente hacia una creciente especialización, considerando siempre el estudio de los elementos como esencialmente dominado por el del sistema, cuya noción general, cada vez más clara, deberá proporcionar continuamente el esclarecimiento principal de cada aspecto parcial, salvo en el caso de inevitables reacciones secundarias.

[48.^a Lección, Caracteres fundamentales del método positivo en el estudio racional de los fenómenos sociales, pp. 301-302].

3.2. La cooperación

Lejos de que la simplicidad constituya la medida principal de la perfección real, el sistema completo de los estudios biológicos concurre a demostrar, por el contrario, que la perfección creciente del organismo animal consiste, sobre todo, en la especialización cada vez más pronunciada de las diversas funciones realizadas por los órganos cada vez más distintos y, sin embargo, exactamente solidarios siempre, de los que aquel se vuelve gradualmente compuesto acercándose más al organismo humano, al combinar así cada vez más la unidad del objetivo con la diversidad de los medios. Ahora bien, tal es el propio carácter de nuestro organismo social y la principal causa de su superioridad necesaria sobre cualquier organismo individual. Sin duda, no podemos admirar de modo conveniente un fenómeno realizado continuamente bajo nuestros ojos, y en el que nosotros mismos participamos de manera necesaria. Pero, al aislarse, en la medida de lo posible, mediante el pensamiento, del sistema habitual de la economía social, ¿acaso es posible concebir realmente, en el conjunto de los fenómenos naturales, un espectáculo más maravilloso que esta convergencia regular y continua de una inmensidad de individuos, dotados cada uno de una existencia plenamente distinta y, hasta un cierto grado, independiente, y, sin embargo, todos ellos incesantemente dispuestos, pese a las diferencias más o menos discordantes de sus talentos y sobre todo de sus caracteres, a participar espontáneamente mediante una multitud de medios diversos en un mismo desarrollo general, por lo general sin haberse puesto de acuerdo de ningún modo y la mayoría de las veces a espaldas de la mayor parte de ellos, que sólo creen obedecer a sus impulsos personales? Tal es, cuando menos, la idealidad científica del fenómeno, al liberarlo abstractamente de los conflictos y de las incoherencias cotidianamente inseparables de un organismo tan profundamente complicado, y que, incluso en los tiempos de mayor perturbación enfermiza, no le impiden el cumplimiento esencial y permanente de las principales funciones. Esta invariable conciliación de la separación de los trabajos con la cooperación de los esfuerzos, tanto más pronunciada y admirable cuanto más se complica y se extiende la sociedad, constituye, en efecto, el carácter fundamental de las operaciones humanas, cuando se las eleva desde el simple punto de vista doméstico hasta al verdadero punto de vista social.

Las sociedades más o menos complejas que podemos observar entre muchos animales superiores ya presentan, sin duda, para la caza y para la guerra, en ciertos

casos y, sobre todo, en el hombre salvaje, un primer y rudimentario esbozo de una coordinación más o menos voluntaria, pero en un grado demasiado parcial, demasiado circunscrito y, por otra parte, demasiado temporal, como para ser convenientemente asimilados incluso al estado más imperfecto de la asociación propia de nuestra especie. Nuestra simple vida doméstica, que, por todos conceptos, contiene necesariamente el germen esencial de la vida social propiamente dicha, siempre ha debido manifestar mucho más el desarrollo espontáneo de una cierta especialización individual de las diversas funciones comunes, sin la cual la familia humana no habría podido cumplir convenientemente con su destino característico. Sin embargo, hemos de reconocer que en ella la separación de los trabajos nunca podrá ser directamente muy pronunciada, ya sea en razón del número de los individuos, excesivamente pequeño, ya sea, sobre todo, por un motivo más profundo y menos conocido, porque tal división tendería enseguida a volverse antipática al espíritu fundamental de la familia, pues, por un lado, la educación doméstica, fundada esencialmente en la imitación, tiene que disponer naturalmente a los hijos a la prosecución de las operaciones paternas en lugar del emprendimiento de nuevas funciones, y, al mismo tiempo, es indudable que cualquier separación demasiado tajante en las ocupaciones habituales de los diferentes miembros tiene que alterar necesariamente la unidad doméstica, objeto capital de esta asociación elemental. Cuanto más meditemos acerca de este gran asunto, más cuenta nos daremos de que la especialización de los trabajos, que constituye el principio elemental de la sociedad general, no podrá ser, en el fondo, el de la simple familia, aunque haya de encontrarse allí hasta un cierto grado. Pese a la imperfección del lenguaje, que a menudo lleva a incluir la idea de familia en la de sociedad, resulta indiscutible que el conjunto de las relaciones domésticas no corresponde a una asociación propiamente dicha sino que compone una verdadera *unión*, atribuyendo a este término toda su energía intrínseca. En razón de su profunda intimidad, la unión doméstica es, por tanto, de una naturaleza completamente diferente a la unión social. Su verdadero carácter es esencialmente moral y, de un modo muy accesorio, intelectual; o, en términos anatómicos, corresponde mucho más a la región media del cerebro humano que a la región anterior. Fundada principalmente sobre el cariño y el reconocimiento, la unión doméstica está sobre todo destinada a satisfacer directamente, por su mera existencia, el conjunto de nuestros instintos simpáticos, independientemente de cualquier idea de cooperación activa y continua en toda clase de objetivo, excepto al mismo de su propia institución.

Aunque una coordinación habitual entre unos trabajos distintos se haya de establecer en ella de una manera espontánea, hasta un cierto grado, su influencia es hasta tal punto secundaria que, cuando, por desgracia, se queda como único principio de enlace, la unión doméstica tiende necesariamente a degenerar en una simple asociación, e incluso la mayoría de las veces no tarda en disolverse. En las combinaciones sociales propiamente dichas, la economía elemental presenta invariablemente un carácter inverso: el sentimiento de cooperación, hasta entonces accesorio, se vuelve, a su vez, preponderante, y el instinto simpático, pese a su indispensable persistencia, no puede constituir ya el lazo principal. Sin duda, el hombre, en general, está organizado de un modo lo suficientemente afortunado como para querer a sus cooperadores, por numerosos y lejanos que puedan ser, o incluso por indirecta que sea su participación efectiva. Pero tal sentimiento, debido a una valiosa reacción de la inteligencia sobre la sociabilidad, nunca podría tener ciertamente la suficiente energía, por su naturaleza, como para dirigir la vida social.

Aun cuando un ejercicio conveniente hubiese podido desarrollar adecuadamente el conjunto de nuestros instintos sociales, la mediocridad intelectual de la mayoría de los hombres no les permite, ni con mucho, formarse una idea lo suficientemente nítida de unas relaciones demasiado extensas, demasiado alejadas y demasiado ajenas a sus propias ocupaciones, como para que de ahí pueda resultar una verdadera estimulación simpática, susceptible de cierta eficacia duradera. Por tanto, es exclusivamente en la vida doméstica donde el hombre ha de buscar el pleno y libre desarrollo de sus afecciones sociales de un modo habitual, y es quizás por esta razón especial que aquella constituye de la mejor manera una indispensable preparación de cara a la vida social propiamente dicha, pues la concentración le resulta tan necesaria a los sentimientos como la generalización a los pensamientos. Los hombres, incluso los más eminentes, que llegan a desviar, con una energía real, el curso natural de sus instintos simpáticos hacia el conjunto de la especie o de la sociedad, se ven empujados a ello casi siempre por los desengaños morales de una vida doméstica cuyo destino ha fracasado por falta de un cumplimiento suficiente de las condiciones convenientes; y, por grata que les resulte entonces una compensación tan imperfecta, este amor abstracto por la especie no podrá traer consigo de ningún modo esta plena satisfacción de nuestras disposiciones afectuosas que sólo un apego muy limitado y, sobre todo, individual, puede procurar. Sea como fuere, tales casos resultan, por lo demás, demasiado excepcionales como para que hayan de influir en algún estudio fundamental de la economía social. De este modo, pese a la indispensable participación directa, ya sea primitiva, ya sea continua, del instinto simpático en todos los posibles casos de asociación humana, tiene que seguir siendo indiscutible que el principio de la cooperación, cuando pasamos de la consideración de una única familia a la coordinación general de las diversas familias, termina necesariamente por prevalecer. La filosofía metafísica del siglo pasado, principalmente en la escuela francesa, ha cometido, sin duda, un error capital al atribuirle a este principio la creación misma del estado social, ya que, por el contrario, resulta evidente que la cooperación, muy lejos de haber podido producir la sociedad, supone necesariamente su previo establecimiento espontáneo. Sin embargo, me parece que la gravedad de tal aberración se debe eminentemente a una confusión radical entre la vida doméstica y la vida social, demasiado ordinaria en las especulaciones metafísicas, puesto que, al separar convenientemente dos modos de asociación tan diferentes, esta aserción, cuidadosamente restringida a la combinación más complicada, parecería ciertamente poco chocante, pese a que todavía constituye allí una irracional exageración. Aunque la participación diferenciada y simultánea en una operación común no haya podido en modo alguno determinar el primitivo acercamiento de las familias humanas, es la única que, sin embargo, ha podido imprimirle a su asociación espontánea un carácter pronunciado y una consistencia duradera. El atento estudio de los grados menores de la vida salvaje nos muestra claramente esta situación primordial, en la que las diversas familias, algunas veces fuertemente ligadas en aras de un objetivo temporal, vuelven a su aislada independencia, casi como los animales, tan pronto como la expedición, por lo general de guerra o de caza, ha sido adecuadamente cumplida, si bien algunas opiniones comunes, formuladas en un cierto lenguaje uniforme, tienden ya a reunir las, de una manera permanente, en una serie de tribus más o menos numerosas. Por tanto, sobre el principio de la cooperación, espontánea o concertada, concebido siempre, por lo demás, en su completa extensión filosófica, deberá reposar de ahora en adelante nuestro análisis científico para este esbozo preliminar de la última parte de la estática social, en la que consideramos

directamente la coordinación fundamental de las familias, cuyo verdadero carácter propio depende esencialmente de un principio semejante, aunque su establecimiento y su mantenimiento no hayan podido tener lugar sin la participación previa y permanente del instinto simpático, destinado, además, a infundir en todos los actos de la vida social un indispensable encanto moral.

Solamente un Tratado específico de filosofía política podría permitir desarrollar convenientemente la extensión y el alcance de este gran principio, al que la sociedad humana le debe necesariamente los atributos más importantes que la distinguen de las otras aglomeraciones de familias animales. El juicioso Ferguson había presentado dignamente su valor científico, al incorporar su clasificación, por lo demás tan imperfecta, de los animales en sociables y políticos, estando éstos últimos esencialmente caracterizados por la tendencia a la concertación de los diversos esfuerzos individuales en aras del cumplimiento de una operación común⁶. Mediante su teoría de la división del trabajo, los economistas han participado útilmente en la vulgarización de tal noción, pero parecen restringirla de un modo irracional a unos casos demasiado subalternos, con objeto de sugerir una idea de ella extremadamente limitada, si exceptuamos, no obstante, al ilustre Adam Smith y en nuestros días a Tracy⁷, quienes la han apreciado filosóficamente mucho más, uno en virtud de su notable superioridad, y el otro en función de su costumbre más íntima por las generalidades, aunque sean metafísicas. Un principio tan evidente, cuya realización, cada vez más completa, ha constituido siempre una condición indispensable para todo desarrollo humano, debía parecer estar en un primer momento al abrigo de cualquier ofensa grave, por mucho espacio que nuestra anarquía intelectual pudiese autorizarle a las divagaciones individuales, tanto más en cuanto que la naturaleza del asunto en aquel entonces parecía hallarse mejor preservada del contacto de las pasiones humanas. Pero, después de haber visto a la filosofía metafísica negar sistemáticamente, para la estúpida satisfacción de todos los hombres cultos contemporáneos, la utilidad fundamental de la propia sociedad, lo cual, sin duda, tiene que incluir implícitamente a todas las aberraciones posibles, ¿acaso podríamos extrañarnos realmente de la producción de algún sofisma parcial, por importante que sea su objeto, y por absurda que sea su concepción? Asimismo, en nuestros días, una especie de metafísica social ha sido formulada dogmáticamente a fin de atacar directamente la antigua máxima social del reparto necesario de los trabajos humanos y de la correspondiente especialización de las ocupaciones individuales. La sabia circunscripción de nuestras operaciones y la obstinada perseverancia de nuestros esfuerzos ya no son considerados como condiciones indispensables para nuestros éxitos, cualesquiera que sean. Proseguir a la vez muchas ocupaciones diferentes, y pasar adrede de una a otra con toda la rapidez posible, tal es el nuevo plan de trabajo universal que hoy en día nos hemos atrevido a recomendar sistemáticamente a la humanidad civilizada como esencialmente *atractivo*⁸. Quizás no haya ejemplo más adecuado para verificar, de una manera completamente irrecusable, hasta qué punto la ausencia total de disciplina intelectual, en lo que concierne a las especulaciones más difíciles, impide necesariamente asignarle hoy en día algún término real al curso

⁶ N. del E.: Comte se refiere al *Essay on the History of the Civil Society*, first published in 1767.

⁷ N. del E.: El *Traité d'économie* de Destutt de Tracy (1754-1836) constituye el quinto y último volumen de sus *Eléments d'Idéologie* (1805-1822).

⁸ N. del E.: Se trata de Charles Fourier (1772-1837).

espontáneo de las aberraciones filosóficas, cuyo desarrollo anterior nunca había podido ser tan libre, pues la anarquía mental nunca había sido tan completa. Si tal noción ha sido atacada de este modo, ¿qué máxima social podrá ser verdaderamente respetada? Sin detenernos más en estas divagaciones características, procedamos directamente al análisis científico sumario de este principio fundamental de la cooperación continua de todas las familias humanas en virtud de su aplicación espontánea a unos trabajos específicos y separados.

[50.^a Lección: Consideraciones preliminares acerca de la estática social, o teoría general del orden espontáneo de las sociedades humanas, 406-411]

4. La dinámica

Al estar convenientemente definida ya la dirección necesaria del conjunto total de la evolución humana merced a esta apreciación preliminar, hemos de considerar ahora esta evolución en lo relativo a su velocidad fundamental y común, abstracción hecha de las diferencias que pueden resultar, ya sea del clima, ya sea incluso de la raza, o de todas las demás causas modificadoras, cuya influencia efectiva, tal y como lo he establecido precedentemente, tenía que ser aislada sistemáticamente, en la medida de lo posible, en un primer esbozo racional de la dinámica social. Ahora bien, si, desde este punto de vista, nos limitamos únicamente a las causas universales, resulta evidente en primer lugar que esta velocidad ha de ser esencialmente determinada en virtud de la influencia combinada de las principales condiciones naturales, relativas por una parte al organismo humano y, por otra, al medio en el que se desarrolla. Pero la propia invariabilidad de estas diversas condiciones fundamentales, la rigurosa imposibilidad de suspender o de restringir su predominio, no permiten medir con exactitud su importancia respectiva, aunque no se pueda dudar en modo alguno que nuestro desarrollo espontáneo no haya debido verse necesariamente acelerado o retrasado por cualquier cambio favorable o contrario que supongamos se haya operado en estas diferentes influencias elementales, ya sean orgánicas o inorgánicas, imaginando, por ejemplo, que nuestro aparato cerebral ofreciese una menor inferioridad anatómica de la región frontal, o que nuestro planeta se volviese más grande o más habitable, etc. Por tanto, el análisis sociológico, debido a su naturaleza, sólo podrá alcanzar convenientemente, a este respecto, las condiciones generales simplemente accesorias, en virtud de las variaciones apreciables de las que éstas han de ser espontáneamente susceptibles.

Entre estos secundarios pero continuos poderes que participan en la determinación de la velocidad natural del desarrollo humano, cabe señalar en primer lugar, según Georges Leroy, la permanente influencia del *aburrimiento*, por lo demás muy exagerado e incluso viciosamente apreciado por este ingenioso filósofo. Lo mismo que cualquier otro animal, el hombre no podría ser feliz sin una actividad lo suficientemente completa de sus diversas facultades, siguiendo un grado de intensidad y de perseverancia sabiamente proporcional a la actividad intrínseca de cada una de ellas; sea cual fuere su situación efectiva, el hombre tiende a cumplir incesantemente, en la medida de lo posible, esta indispensable condición de felicidad⁹. [...].

⁹ N. del E.: G. Leroy (1723-1789), autor de *Lettres sur les animaux*, a quien Comte estimaba mucho. Sobre Leroy, vease E. de Fontenay, *Le silence des bêtes*, Paris, Fayard, 1998 y L. Clauza-

En segundo lugar, he de indicar que la duración ordinaria de la vida humana influye quizás más profundamente sobre esta velocidad que ningún otro elemento apreciable. En principio, no es preciso ocultar que nuestra progresión social se basa esencialmente en la muerte, es decir, que los pasos sucesivos de la humanidad suponen necesariamente la renovación continua, suficientemente rápida, de los agentes del movimiento general, el cual, casi imperceptible habitualmente en el curso de cada vida individual, sólo se vuelve verdaderamente pronunciado al pasar de una generación a la siguiente. El organismo social sufre, a este respecto, y de una manera no menos imperiosa, la misma condición fundamental que el organismo individual, en el que, tras un determinado tiempo, las diversas partes constituyentes, inevitablemente convertidas, como consecuencia misma de los fenómenos vitales, en absolutamente inadecuadas para seguir participando en su composición, tienen que ser reemplazados gradualmente por nuevos elementos. A fin de apreciar convenientemente semejante necesidad social, sería superfluo recurrir a la quimérica suposición de una duración indefinida de la vida humana, de donde evidentemente se deduciría la supresión casi total y muy cercana del movimiento progresivo. Sin llegar hasta este límite extremo, bastaría con imaginar, por ejemplo, que la duración efectiva se viese simplemente centuplicada, concibiendo, por otra parte, que sus diversas épocas naturales conservasen las mismas proporciones respectivas. Si, por lo demás, no hubiese cambiado nada en la constitución fundamental del cerebro humano, semejante hipótesis determinaría, eso me parece, una inevitable desaceleración, aunque imposible de medir, en nuestro desarrollo social, pues la indispensable y permanente lucha que se establece espontáneamente entre el instinto de conservación social, carácter habitual de la vejez, y el instinto de innovación, atributo ordinario de la juventud, se vería desde entonces notablemente alterada en favor del primer elemento de este necesario antagonismo.

Debido a la extremada imperfección de nuestra naturaleza moral, y sobre todo intelectual, aquellos mismos que han contribuido más poderosamente, en su madurez, a los progresos generales del espíritu humano o de la sociedad, no podrían conservar a continuación durante demasiado tiempo su acertada preponderancia sin que se volviesen involuntariamente más o menos hostiles a unos desarrollos posteriores, en los que habrían dejado de poder participar dignamente. Pero, por una parte, si bien no podríamos poner en duda que una duración demasiado prolongada de la vida humana tendería necesariamente a retrasar nuestra evolución social, por otra parte, tampoco resulta menos indiscutible que una existencia demasiado efímera se convertiría, por otras razones, en un obstáculo no menos esencial de cara a la progresión general, al atribuirle, por el contrario, un predominio exagerado al instinto de innovación. La indispensable resistencia que le opone espontáneamente el obstinado instinto conservador de la vejez es la única que puede obligar en grado suficiente, en efecto, al espíritu de mejora a subordinar convenientemente sus actuales esfuerzos al conjunto de los resultados anteriores. Sin este freno fundamental, nuestra débil naturaleza se vería, sin ninguna duda, demasiado dispuesta a contentarse la mayoría de las veces con una serie de tentativas esbozadas y de bosquejos incompletos, que no podrían permitir ningún desarrollo profundo ni perseverante. ¡Hasta tal punto resulta realmente pronunciado nuestro espontáneo alejamiento de la penosa continuidad de trabajos que necesariamente exige cualquier

de, « L'ennui dans la philosophie comtienne : un héritage des lumières ? » in *L'ennui, histoire d'un état d'âme*, P. Goetschel et alii (eds.), París, Publications de la Sorbonne, 2012.

maduración conveniente de nuestros proyectos! Ahora bien, es evidente que, en efecto, tal sería la inevitable consecuencia de una disminución notable en la duración efectiva de la vida humana, si, por ejemplo, la imaginásemos reducida a un cuarto, o incluso quizás a la simple mitad de su valor actual. Por tanto, nuestra evolución social, debido a su naturaleza, también sería incompatible, aunque en virtud de unos motivos contrarios, con una demasiado lenta o demasiado rápida renovación de las diversas generaciones humanas, excepto en el caso de que le supongamos, en un cambio conveniente de nuestro organismo cerebral, una quimérica compensación, correspondiente desde entonces a un estado demasiado indeterminado como para que las hipótesis científicas puedan detenerse en él útilmente. Sin embargo, los irracionales partidarios de las causas finales se esforzarían vanamente en aplicarle semejante consideración a la justificación filosófica de su absurdo optimismo, pues a este respecto, como a cualquier otro, si el orden real resulta necesariamente más o menos conforme a la marcha efectiva de los fenómenos, desgraciadamente dista mucho, desde este punto de vista, de un modo aún más evidente que desde ningún otro, de que la verdadera disposición de la economía natural le resulte tan favorable a su destino esencial como sería fácil imaginarlo. Apenas es posible poner en duda, por el contrario, que la excesiva brevedad de la vida humana constituye una de las principales causas secundarias de la lentitud de nuestro desarrollo social, aunque esta lentitud depende esencialmente de la extremada imperfección de nuestro organismo, y, desde luego, ninguna otra gran armonía podría verse verdaderamente comprometida si la duración de nuestra vida, comprendida siempre entre los límites necesarios que acabo de indicar, se viese doblada o incluso triplicada, pese a la arbitraria argumentación de los vanos apologistas del gobierno providencial. La extremada rapidez de una existencia individual, en la que apenas treinta años, en medio de numerosos obstáculos físicos y morales, pueden ser plenamente utilizados para otra cosa que no sean preparativos para la vida o para la muerte, establece evidentemente, en cualquier género, un insuficiente equilibrio entre lo que el hombre puede concebir convenientemente y lo que en realidad puede ejecutar. Todos aquellos que se han consagrado noblemente al desarrollo directo del espíritu humano han percibido siempre, sin duda, con una profunda amargura, hasta qué punto les faltaba esencialmente el tiempo, incluso aquel empleado más sabiamente, para la elaboración de sus concepciones mejor establecidas, de las que, de ordinario, sólo han podido llevar a cabo una parte muy pequeña.

Por último, debemos señalar sumariamente, entre las causas generales que modifican espontáneamente la velocidad fundamental de nuestra evolución social, el crecimiento natural de la población humana, que contribuye sobre todo a la aceleración continua de este gran movimiento. [...] Ahora, tan sólo he de indicar la progresiva condensación de nuestra especie como un último elemento general que participa en la regulación de la velocidad efectiva del movimiento social. En primer lugar, es posible reconocer fácilmente que esta influencia siempre contribuye mucho, sobre todo al principio, a determinar, en el conjunto del trabajo humano, una división cada vez más específica, necesariamente incompatible con un número excesivamente pequeño de cooperadores. Además, debido a una propiedad más íntima y menos conocida, aunque más capital todavía, semejante condensación estimula directamente, de una manera muy poderosa, el desarrollo más rápido de la evolución social, ya sea conminando a los individuos a que intenten nuevos esfuerzos a fin de asegurarse, por unos medios más refinados, una existencia que de otro modo se volvería más difícil, ya sea también obligando a la sociedad a reaccionar con una

energía más obstinada y mejor concertada para luchar convenientemente contra el desarrollo más poderoso de las divergencias particulares. Por ambas razones, vemos que no se trata aquí del aumento absoluto del número de individuos, sino esencialmente de su concurso más intenso sobre un espacio dado, en conformidad con la expresión específica de la que he hecho uso, y que es eminentemente aplicable a los grandes centros de población, en los que los principales progresos de la humanidad, desde siempre, debieron recibir constantemente, en efecto, su primera elaboración. Al crear nuevas necesidades y nuevas dificultades, esta aglomeración gradual también desarrolla espontáneamente unos nuevos medios, no sólo en cuanto al progreso, sino también en cuanto al orden mismo, neutralizando progresivamente las diversas desigualdades físicas, y dándole, por el contrario, un creciente ascendente a las fuerzas intelectuales y morales, necesariamente mantenidas en su primitiva subalternidad en toda población demasiado restringida. Tal es, en resumen, la influencia real de tal condensación continua, abstracción hecha en un primer momento de la duración efectiva de su formación. Si ahora la consideramos también en lo relativo a esta rapidez más o menos grande, será fácil descubrir allí una nueva causa de aceleración general del movimiento social, debido a la perturbación directa que de este modo ha de experimentar el antagonismo fundamental entre el instinto de conservación y el instinto de innovación, al deber adquirir este último, evidentemente, un notable incremento de energía desde entonces. En este sentido, la influencia sociológica de un crecimiento de población más rápido tiene que ser esencialmente análogo, por su naturaleza, a la que acabamos de apreciar para la duración de la vida humana, pues poco importa que la renovación más frecuente de los individuos se deba a la menor longevidad de los unos o a la multiplicación más apresurada de los otros. Por tanto, no es necesario en este momento ningún nuevo examen a fin de caracterizar también la tendencia natural de esta disminución gradual en el periodo de la duplicación de la población a acelerar más la evolución social, al imprimírle un nuevo desarrollo al espíritu de mejora. No obstante, para terminar estas breves indicaciones, no debemos olvidarnos de señalar, como en el caso precedente, que si esta condensación y esta rapidez nunca hubiesen llegado a sobrepasar un cierto grado determinado, necesariamente habrían dejado de favorecer semejante aceleración y, por el contrario, le suscitarían espontáneamente una serie de poderosos obstáculos. La primera podría ser concebida lo bastante exagerada como para presentar insuperables dificultades de cara al mantenimiento conveniente de la existencia humana, por numerosos que fueran los sabios artificios con los que se esforzase en eludir sus consecuencias; y, en cuanto a la segunda, sin duda, podríamos imaginarla lo bastante desmesurada como para oponerse radicalmente a la indispensable estabilidad de las empresas sociales, de manera que equivaldría a una notable disminución de nuestra longevidad. Pero, a decir verdad, el movimiento efectivo de la población humana hasta el momento siempre ha sido, incluso en los casos más favorables, pese a las irracionales exageraciones de Malthus, muy inferior a los límites naturales en los que deben comenzar tales inconvenientes, de los que aún no hemos podido formarnos empíricamente una débil idea más que a partir de las excepcionales perturbaciones ocasionadas algunas veces por unas migraciones demasiado extensas y súbitas, llevadas a cabo por lo demás muy raramente. Tan sólo nuestra posteridad, en un futuro demasiado lejano como para que deba inspirarnos hoy en día alguna preocupación razonable, tendrá que inquietarse gravemente a causa de esta doble tendencia espontánea, a la que tanto la pequeñez de nuestro planeta como la necesaria limitación del conjunto de los recursos humanos

tendrán que hacer que posteriormente se les atribuya una extremada importancia, una vez que nuestra especie, llegada a una población total de en torno al décuplo de la tasa actual, se encuentre por doquier tan condensada como lo está ya en Europa occidental. En esta inevitable época, el desarrollo más completo de la naturaleza humana y el conocimiento más exacto de las verdaderas leyes de la evolución social proporcionarán, sin duda, a fin de enfrentarse con éxito a tales causas de destrucción, unos nuevos medios, de diversos tipos, de los que aún no podemos formarnos ninguna idea neta, sin que por lo demás sea conveniente, como consecuencia de ello, que se examine ahora si podrá haber siempre allí, desde este punto de vista, una suficiente compensación total.

[51.ª Lección: Leyes fundamentales de la dinámica social, o teoría general del progreso natural de la humanidad, 426-433].

5. El método sociológico

5.1. La experimentación

Parece que, en una primera apreciación, el segundo modo fundamental del arte de observar, o la experimentación propiamente dicha, deba serle totalmente prohibido a la nueva ciencia que estamos constituyendo aquí, lo cual, por lo demás, no le impedirá en modo alguno poder ser plenamente positiva. Pero, observándola con atención, cabe reconocer fácilmente que esta ciencia, en realidad, debido a su naturaleza, no se ha visto totalmente privada de semejante recurso general, aunque éste no sea, ni con mucho, el principal recurso que haya de emplear. Para eso, basta con distinguir convenientemente allí, según la naturaleza de los fenómenos, entre la experimentación directa y la experimentación indirecta, tal y como lo he hecho en los dos volúmenes precedentes. En el tercer volumen, hemos reconocido fundamentalmente que el verdadero carácter filosófico del modo experimental no consiste esencialmente en esta institución artificial de las circunstancias del fenómeno, la cual, para el común de los científicos, constituye hoy en día el principal atributo de semejante tipo de exploraciones. Independientemente de que el caso sea natural o artificial, nosotros sabemos que la observación merece realmente el nombre propio de experimentación, siempre y cuando el cumplimiento normal del fenómeno experimente allí, de cualquier manera, una alteración bien determinada, sin que la espontaneidad de esta alteración pueda destruir la eficacia científica propia de toda modificación de las circunstancias habituales del fenómeno de cara al mejor esclarecimiento de su producción efectiva¹⁰. [...] En el ámbito de la filosofía biológica, he demostrado que los casos patológicos constituían, en general, el verdadero equivalente científico de la experimentación pura, como consecuencia directa de su espontaneidad, mientras que las experiencias naturales que aquellos nos ofrecen, aunque indirectas, resultan eminentemente más apropiadas para el estudio de los cuerpos vivos, considerados bajo cualquier aspecto, y tanto más en cuanto se trate de fenómenos más complejos y de organismos más eminentes. Ahora bien, las mismas consideraciones filosóficas son esencialmente aplicables, con mayor motivo, a los estudios sociológicos, y en ellos deben conducirnos a unas conclusiones

¹⁰ N. del E.: Véase *Cours de philosophie positive*, 40.ª Lección, París, Hermann, 1975, vol. I, p. 690.

parecidas e incluso mejor razonadas acerca de la necesaria preponderancia del análisis patológico como modo indirecto de experimentación conveniente al organismo más elevado y a los fenómenos más compuestos que sea posible concebir. Aquí, este análisis patológico consiste en el examen de los casos, desgraciadamente demasiado frecuentes, en los que las leyes fundamentales, ya sea de la armonía o de la filiación, experimentan unas perturbaciones más o menos pronunciadas en el estado social, debido a unas causas accidentales o pasajeras, por lo demás específicas o generales, tal y como lo vemos, sobre todo, en las diversas épocas revolucionarias principalmente hoy en día. Estas perturbaciones, cualesquiera que fueren, constituyen, para el organismo social, la analogía exacta de las enfermedades del organismo individual propiamente dichas. Y me atrevo a adelantar que esta asimilación filosófica será tanto mejor apreciada, por todos conceptos, teniendo en cuenta la desigual complicación de los órganos, en la medida que la sometamos a una discusión más profunda. En uno y otro caso, aplicarlo a desvelar mejor las leyes reales de nuestra naturaleza, ya sea individual o social, mediante el análisis científico de los desórdenes más o menos graves de los que necesariamente su desarrollo se ve acompañado, es, sin duda, hacer un noble uso de la razón humana, tal y como lo he señalado en el volumen precedente¹¹.

[48.^a Lección: Caracteres fundamentales del método positivo en el estudio racional de los fenómenos sociales, 334-37].

5.2. La comparación sociológica del hombre con los otros animales

Considerando finalmente el método comparativo propiamente dicho, [...] debo limitarme a señalar de manera adecuada las únicas diferencias capitales por las que necesariamente se distingue la aplicación general del arte comparativo del conjunto de las investigaciones sociológicas.

[...] Cuando los estudios sociales se encuentren, al fin, convenientemente dirigidos por el espíritu positivo, no se tardará, sin lugar a dudas, en reconocerle su permanente utilidad y, en varios casos, la necesidad de introducir en ellos, hasta un cierto punto, la comparación sociológica del hombre con los otros animales, y sobre todo con los mamíferos más elevados, al menos después de que las sociedades animales, tan mal conocidas todavía, hayan sido finalmente mejor observadas y apreciadas. Los motivos de una comparación semejante resultan análogos a aquellos que, en el volumen precedente, han explicado su notable importancia para el estudio de la vida individual, en todo cuanto concierne a los fenómenos intelectuales y morales, de los que los fenómenos sociales constituyen la continuación necesaria y el complemento natural¹². [...]. Sin duda, el principal punto débil de semejante orden de comparaciones sociológicas será el de estar limitado, debido a su naturaleza, a las simples consideraciones estáticas, sin que pueda alcanzar las consideraciones dinámicas, las cuales deben constituir, sobre todo en nuestros días, el objeto preponderante y directo de la ciencia. Esta restricción resulta evidentemente

¹¹ N. del E.: Véase Durkheim, *Règles de la méthode sociologique* y M. Bourdeau, « La posteridad sociológica de Auguste Comte : lo normal y lo patológico en Durkheim », *Empiria*, vol. 16 (2008), pp. 43-58.

¹² N. del E.: Véase *Cours de philosophie positive*, 45.^a lección, p. 877-78.

del hecho de que el estado social de los animales, sin ser, en realidad, tan absolutamente fijo como nos lo imaginamos, no experimenta esencialmente, desde que la preponderancia humana se ha desarrollado plenamente, más que una serie de imperceptibles variaciones, en modo alguno comparables a la progresión continua de la humanidad, considerada incluso en su desarrollo primitivo menos pronunciado. Pero, limitada a la estática social, la utilidad científica de semejante comparación me parece verdaderamente indiscutible, por el hecho de caracterizar mejor en ella las leyes más elementales de la solidaridad fundamental, al manifestar directamente, con una irresistible evidencia, su espontánea verificación en el estado de la sociedad más imperfecto, con objeto de poder inspirar en determinadas ocasiones, además, algunas inducciones útiles acerca de la sociedad humana. Sobre todo, nada resulta más apropiado para hacer resaltar hasta qué punto son plenamente naturales las principales relaciones sociales, a las que hoy en día tantos espíritus sofisticados aún creen poder transformar al capricho de sus vanas pretensiones. Sin duda, estos espíritus dejarán de considerar los lazos fundamentales de la familia humana como artificiales y arbitrarios, cuando los reencuentren, con el mismo carácter esencial, entre los animales, y de una manera tanto más pronunciada en cuanto que el organismo se vuelva en éstos más elevado, más cercano al organismo humano. En pocas palabras, en todo lo que concierne a los primeros gérmenes de las relaciones sociales, las primeras instituciones que han fundado espontáneamente la unidad de la familia o de la tribu, en esta parte elemental de la sociología que casi se confunde con la biología intelectual y moral o al menos con lo que denominamos historia natural del hombre, de la que aquella parece constituir un simple prolongamiento general, no sólo se logrará una gran ventaja científica, sino que además se tendrá una verdadera necesidad filosófica, al emplear convenientemente la comparación racional de la sociedad humana con las otras sociedades animales, tal y como algunos filósofos lo han sospechado ya, y, sobre todo, Ferguson.

[48.^a Lección: Caracteres fundamentales del método positivo en el estudio racional de los fenómenos sociales, 337-341].